

Nuestro concepto del deporte

La palabra «deporte» sugiere de un modo inmediato la idea de «club», del «offside», de «manager» de «dribling» etc; una serie de palabras extranjeras que nada tienen que ver con el sentido que da al Deporte el Sindicato Español Universitario. Sumergirse en un sillón de muelles y, entre el puro, la copa de coñac y la taza de café aprenderse las crónicas de los últimos partidos y la lista de los equipos favoritos, será una actitud muy cómoda, sin duda, pero de ninguna manera deportiva. Deporte es vencer, no pagar mediante cuotas mensuales las discutibles victorias de otros.

El deporte como profesión, como publicidad y como negocio no nos interesa. En cambio, el otro deporte, el deporte como juego y como ejercicio, es una actividad que alcanza un alto rango, incluso metafísico. Ascetismo viene de «ascesis», que significa en griego «entrenamiento». Ya se ha dicho que los «Ejercicios» de San Ignacio son un deporte espiritual.

Este es nuestro deporte, el que pedimos y ofrecemos a todos los estudiantes: Desarrollar al máximo las posibilidades de belleza, de armonía y de vigor del cuerpo, con la salud de la inteligencia y del corazón. Y esto es la Patria. Cuando nosotros mencionamos la Patria y en su nombre lo damos y lo exigimos todo, no queremos nombrar esa muchedumbre de industrias y de armas arrastrando

racimos de vidas cerradas, ciegas, oprimidas, que es el ideal de algunas nacionalismos. No somos nacionalistas porque, José Antonio lo ha dicho, ser nacionalista es una pura sandez. Cuando pensamos en la Patria, vemos en la llanura abierta del futuro un hombre fuerte, clarividente y enérgico, en pie sobre la vida como un atleta victorioso. Vemos un hombre sin envidia, sin rencor, sin aburrimiento, sin enfermedades, sin miedo. Un hombre a cuya proximidad en aquella hora gloriosa, en que éramos pocos los de la Falange, pocos, pobres y solos, en la hora del combate, del ensueño y de la alegría, sentimos que pujada por amener el sol grande, limpio y difícil de nuestra España.

Y ese hombre, camaradas, es cada uno de nosotros.

El hombre que quiso tener buena estrella

(CUENTO TRISTE)

Había oído decir que todos los hombres tenían su buena o mala estrella. Y como él nunca la había tenido, andaba preocupado con la idea de conseguir alguna. ¡Tantas cosas había en la inmensa iluminación de la noche! Pero como era un hombre que no sabía tomar resoluciones y que se perdía en los laberintos de la duda, jamás había sabido porque estrella inclinarse, ni cual escoger para que le proporcionase mayor suerte. Hasta que cierto día le dijeron que la mejor estrella, era una muy pequeña y luminosa, que solía aparecer cada noche al lado derecho de la luna. Eso sí; para llegar a ella era preciso sortear toda clase de obstáculos y sufrir grandes contratiempos y privaciones.

Sin embargo, nuestro hombre no se arredró lo más mínimo, y una noche, después de haber bebido en las fuentes de información que halló a su paso, decidió marchar en busca de su ansiada estrellita.

Sabía que el viaje era largo, que las penurias que había que sufrir huían de toda lógica, pero, decidido a lograr de una vez su buena estrella, la cual sería

La importancia de la música en la formación de las juventudes

A las Directoras de Colegios, a las maestras y a cuantas personas se dediquen a la enseñanza

Todas habéis oído decir que la música amanza a las fieras. Esta frase indica que al influjo de unos sonidos ligados armoniosamente, un ser transforma su maldad y violencia en bondad y suavidad.

Por eso todo el mundo tendría que saber cantar y comprender la música. Entonces existiría más caridad porque hasta en las almas negras y rencorosas entraría con las canciones luz y alegría. Si estos son los efectos de la música, pensad la importancia que tiene en la juventud española el conocerla. Voy a explicaros una leyenda de la música: «Hace muchos siglos, vivía en la India una niña bellísima, muy dada a soñar despierta y a contemplar puestas de sol y paisajes silenciosos. Paseaba siempre sola y tenía unos ojos negros, inmensos, en los que brillaba siempre la luz suave del amor a Dios. Un día esta niña, que era esclava de un poderoso Rajá, en uno de sus paseos se detuvo curiosa y sorprendida a

escuchar el dulce murmullo que producía el viento y el agua en un cañaveral junto a un río. Escuchó atentamente durante mucho tiempo. Luego arrancó unas hojas y soplando entre ellas trató de imitar aquellos sonidos. Fue ejercitándose cambiando la cantidad de las hojas y la forma hasta que consiguió verdaderas melodías. La oyó el Rajá y, gustándole aquello que producía un suave cosquilleo en los sentidos y se le entraba por dentro haciéndole experimentar rara sensación, quiso que la esclava aprendiese cada día para él una hilación diferente de sonidos que fuese agradable de oír. Y así, hace siglos, muchos siglos, nació la música.»

Todos sabemos a la perfección que se ha llegado hoy día en la imitación de sonidos de la naturaleza y de sonidos aún mejores, mediante instrumentos de música. Sin embargo, no hay mejor instrumento que la voz humana. Por eso dentro de la música para la juventud lo más importante son las canciones; y dentro de las canciones las regionales españolas. En la Regiduría local del Frente de Juventudes se reciben programas de música muy interesantes que serán entregados a cuantas maestras lo soliciten.

A través de nuestras canciones se abrazan gallegas y andaluzas y catalanas y castellanas. A través de las canciones conocemos a nuestros camaradas de los más apartados rincones españoles. Es importante, importantísimo el que todas las niñas sepan el mayor número posible de canciones. Que ya el primer momento de conocerse una catalana y una gallega, por ejemplo, puedan cantar juntas unas canciones. Así serán verdaderas camaradas todas las niñas de España. Y luego de una de esas incomparables canciones de que España es cuna, ¡que bien suena un himno a la grandeza de la Patria! Un himno fuerte, valiente y dulce a la vez, ya que nunca hay que olvidar que, como niñas y mujeres, hemos de poner por encima de todo nuestra feminidad incomparable de españolas. Y en los himnos recordaremos a los que hacen la guardia eterna sobre los luceros. «Esos luceros que son la mejor música de España». Sería imperdonable, hablando de música el olvidarse de ensalzar esa maravilla de sentimientos y composición que sólo teniendo por guía la mano de Dios es posible que se pudiera escribir. Me refiero al «Cara al Sol». La letra que tan justa es, y nos parece aún mejor recordando como se formó, necesitaba una música de acuerdo con su ser. Y la encontró. No hay palabras para alabar la grandiosidad y belleza de ese himno sin par, donde todo está expresado: Nuestros sentimientos, nuestros deseos, nuestras esperanzas... Decid a vuestras pequeñas alumnas como deben cantarlo; el respeto que merece.

Hacedles comprender parte de la importancia que la música tiene para sus almitas. Que ellas mismas os pidan que les enseñéis muchas canciones.

Se las dice que tienen que saber historia, hacer gimnasia... les es difícil retener nombres; ¡Cuanto les pueden ayudar unas canciones! Así coordinarán mejor al Cid gallardo y valiente sobre su caballo Babieca con las damas que se quedaban bordando, esperando, pero también dirigiendo la casa y aún el Estado si era preciso. Y, al compás de las canciones es mucho más fácil mover los brazos y el cuerpo con gracia que no con los rígidos «un, dos».

Que sepan y comprendan la música. Comprender la música no es decir bien la letra. Es darle vida a cada frase musical; sentirla. ¡Cuántas cosas hay en música que todo el mundo tendría la obligación de saber!

En la vida, las mujeres, tenemos mayor obligación que nadie de saber, aún en los momentos más dolorosos, sonreír y animar. Por eso aunque el trabajo agobie no hay que olvidar nunca una canción que será un descanso para el cuerpo y una elevación del espíritu hacia Dios. Entonces sonreiremos sin darnos cuenta. Las niñas tienen que ser luego, esposas y madres: seres fuertes y alegres. Siempre prontas a cualquier trabajo; siempre alentadoras. Enseñarlas a cantar canciones de España, a que comprendan la música y les haréis un favor inapreciable por su valor inmenso. Les daréis aliento para toda la vida. Ellas, a su vez, viendo la ayuda que en todo momento presta la canción, enseñarán a cantar a sus hijitas.

Concretando sobre el tema, creo que la música es, en la formación de la juventud, algo de la mayor importancia. La aspiración hacia una mayor espiritualidad que pone en nosotros, alza nuestro pensamiento hacia Dios, trocando la canción en oración.

España entera se elevará entre cantos y en ella y para siempre «Volverá a reír la primavera»

¡Arriba España!

CORAL MONTAGUD

Regidora de la S. F. del Frente de Juventudes

Quientos mil muertos por la salvación y por la unidad de España ofrecimos en la primera batalla europea del orden nuevo.

FRANCO

Barcelona se ha vuelto de espaldas al mar

BARCELONA se ha vuelto de espaldas al mar. No quiere verle ni oírle. Huye de él como el lagarto de la culebra. Tira monte arriba, como las cabras, y se repantiga al sol entre los pinares perdidos de retama. Algunas veces, el mar, amoscado, en esas mañanas soberbias de sol que se nos meten por los ojos y por los huesos, le da una media verónica azul para encandilarla. Pero ella le mira por encima del hombro, celosa, y se le aparta unos pasitos más, como diciéndole: «Déjame, en paz, mar, déjame en paz y no te acerques a mí, que no estoy para tus lisonjas ni quiero tratos contigo». Y el mar, enfurruñado, parece como si le dijera: ¿A santo de que vienen estos papelonés que estás haciendo conmigo? ¿Qué te ha dado pie para que no puedas verme ni en pintura? ¿He sido acaso para ti un truchiman mala sombra? ¿Qué barrabasadas o granujerías tienes que echarme en cara? Yo te traje, como quien dice, sobre mis costillas, yo te hice grande, yo te hice rica, yo te hice poderosa. Sin mí no hubieras llegado a ser más que una triste aldehuela o una ciudadilla, a todo tirar, del tres al cuarto, siempre con punta en boca y de comparsa, no se te olvide, todo lo que eres me lo debes a mí; y sin embargo, yo lo ves, me das de lado y no tienes ojos más que para la tierra firme. Barcelona la escucha, le hace rostro de risa, (la risa que suele hacer el perro a las avispas) pero ella tira monte arriba, como las cabras, por entre los pinares perdidos de retama. Interiormente, piensa: Este viejo ha sido siempre muy dado a las aventuras, y no estoy para tofetanas. Déjame el pajarillo en la mano y allá vayan los buitres a la ventura de Dios, o del diablo,

como mejor les plazca, que en asuntos de mar suelen salir las cuentas de la zorra; que no hace en un año lo que paga en un rato.

A Barcelona ya no le hace tilín el mar. Olvidó aquellos tiempos de «Consulado», tiempos de espuma, blancos de velas, aturullados, aborotados por los chillidos de los fulleros de pluma, «uñas de gavián», barbas de chiva loco y el corazón de piedra—metidos como las ratas en sus cuchitrilas porteñas o puestas al sol detrás de un tenderote que era lo que la mona quería. No se acuerda de aquel pisar recio de los hombres que llevó el Conquistador a pitorrearse de la muerte por esas mundos de Dios; de aquellos hombres sin melindres, fuertes como castillos, berreaban y corrían cañas en las justas con demasiado primor, sabían en cambio meterle el resuello en el cuerpo al primer guapo que osara arrojarles un boherdo. Lo olvidó todo. Hasta las degollinas de judíos, con sus chamusquinas de ordenanza, y las zalagardas de los corsarios.

Ahora, cuando ve una bandada de marineros matando pacíficamente las suelas de los zapatos por la Rambla o armando camorra por las casas llanas, los mira de arriba abajo, curiosa, como podría hacer cualquier vecino de Borox (donde paro la mula sin decirle sé). Es cuando piensa: «¡Anda, pero si es verdad que tengo un puerto de mar!» Y hecho e hallazgo se retira un poca más de él, hacia el monte, con las barcas firmes y tranquilas de sus fábricas.

Y el Montjuich, con su voz antigua de gigante, como el mazo de estoques al matador, le dice: «Maestro, yo soy el mismo». MANUEL VELA GIMÉNEZ

norte y guía del resto de su vida, se lanzó verticalmente a la aventura.

Y empezó la ascensión. Primero, anchos caminos, donde el polvo de la mentira se mezclaba con las burlas de los que decían ser sus amigos. Y más arriba, hondos baches disimulados con flores y adulaciones rastreras, hacían peligrar su vida y su prestigio a cada paso.

Al tercer día pasaba por entre un bosque de cedros, donde el viento ensayaba sus facultades devastadoras en las hojas de los árboles. Allí se le tendieron infinidad de emboscadas. Pero él supo resistirlas todas y salió airoso, subiendo siempre arriba, hasta poder llegar a sentir el tacto de sus aspiraciones sidéreas.

Una noche, cuando ya adivinaba a la hermosa estrella en la esplendente plenitud de su forma, cuando ya podía decirse que sus quiméricos sueños estaban en manos de la realidad, vióse observado por cientos, por miles de ojos que le atisbaban ocultos entre la fronda del espeso bosque. Unos ojos que despedían un extraño fulgor, mezcla de rojas llamaradas y de agudos puñales de muerte, y que hacían estremecer las fibras más sensibles de su alma.

Nuestro hombre estaba atemorizado. Aquellos ojos no se apartaban de él y, fascinantes, le taladraban el cuerpo. Llegó hasta lo más recóndito del alma. ¡Era inútil que echase a correr y que se ocultara agazapándose entre las hierbas! ¡Aquellas dagas punzantes le perseguían siempre, siempre! Quiso escudarse en la estrella—¡su estrella!—pero aún le faltaban unos centenares de metros para llegar a ella. Echó a correr, haciendo un último esfuerzo y cayó al suelo agotado, tembloroso. ¡Saberse allí solo, sin ninguna ayuda, contra aquellas satánicas miradas quemándole como ascuas! Y acaso, los mismos que le habían dado facilidades y le habían animado en sus propósitos, estaban entre ellos. Todo era posible con la Envidia; él nunca había querido tener tratos con ella.

Levantó la cabeza y su mirada, anhelante, se posó en la estrella objeto de sus ansias. Dos lágrimas resbalaron por su cara, cuando pensó en lo cerca que había estado de ella, en lo amorosamente que la hubiese querido a poder ser suya. Y ahora, ya presentía su muerte. Aquellos ojos acabarían con él.

Se incorporó. Probaría a dar una última carrera, a intentar un postrer esfuerzo. Dando traspies se dirigió hacia la estrella. Pero ante él, aparecieron, enormes, fantásticos, unos terribles ojos que le hicieron retroceder asustado.

Dando un grito se puso a correr alocadamente por el estrecho camino hasta llegar al borde de un precipicio. La estrellita pareció entonces arrepentirse de su indiferencia y quiso detenerle alargando sus brazos para protegerle amorosamente, pero ya era tarde...

Y aquella noche, cuentan que hubo en el cielo un resplandor súbito de llamaradas, como en un gigantesco brillar de aceros diminutos. Era la Envidia que quedaba satisfecha... J. CERVILLON